EL PODER Y LA SANGRE:
GUERRA, ESTADO Y NACIÓN EN LA DÉCADA DE 1860

Guillermo Palacios y Erika Pani
(Coordinadores)


Primera edición, 2014

D. R. © EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C.
Camino al Ajusto 20
Pedregal de Santa Teresa
10740, México, D.F.
www.colmex.mx


Impreso en México
LA COMUNA DE PARÍS Y SUS REPERCUSIONES:
EL CASO ESPAÑOL
Clara E. Lida
EL COLEGIO DE MÉXICO

En estas páginas examinaré sucintamente los rasgos centrales de los acontecimientos que en el *annus horribilis* de 1870-1871 llevaron a Francia a la mayor crisis militar y política desde la Revolución de 1789, a causa de la guerra franco-prusiana y al alzamiento de la Comuna de París. Luego me referiré en las repercusiones de lo anterior en la vecina España, en particular en relación con las insurrecciones cantonalistas del verano de 1873, durante la breve Primera República.

Como todos saben, la crisis francesa tuvo como origen la oposición de Napoleón III a que Bismarck lograra sentar a un príncipe alemán —Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen— en el trono de España, vacante desde 1868. Ambos fracasaron, pues España acabó por elegir como rey constitucionalista y liberal a un heredero de la casa italiana de Saboya, Amadeo I, pero la confrontación entre ambas potencias derivó en julio de 1870 en un enfrentamiento, en el cual Prusia demostró su superioridad bélica, como ya lo había hecho cuatro años antes contra Austria. El 2 de septiembre el grueso del ejército francés, con Luis Napoleón a la cabeza, fue derrotado en Sedán y el emperador cayó prisionero. En pocas semanas más, 42 de los 101 departamentos en los que Francia se dividía administrativamente fueron ocupados por el ejército prusiano y más de 400,000 franceses fueron capturados.¹

Ante esta debacle, en París se formó rápidamente un gobierno provisional, que proclamó la República y se dispuso a resistir el asedio prusiano. Pero aunque Sedán puso fin al imperio, la guerra continuó y durante cuatro meses el ejército de Bismarck sitió y bombardeó París con artillería pesada y bombas incendiarias, hasta que el 28 de enero de 1871

capituló el gobierno provisional. Poco después, firmó la rendición en un Versalles donde, sólo cinco días antes, el rey Guillermo de Prusia había sido coronado emperador de una Alemania unida. Entre las onerosas condiciones impuestas a Francia, esta debía ceder la provincia de Alsacia y la parte norte de la de Lorena, así como pagar una indemnización masiva por reparaciones de guerra de 5,000 millones de francos oro, equivalente a unos 200 millones de libras esterlinas. Además, Alemania exigía que el tratado de paz fuera ratificado por una asamblea nacional que sesionara de inmediato.

Con excepción de París, donde se eligieron por mayoría abrumadora 38 representantes republicanos, en concordancia con la bien organizada presencia de estos desde lustros atrás, aún durante la clandestinidad obligada por el imperio, en el resto del país las fuerzas conservadoras y monárquicas se hicieron de la asamblea. La novísima república, aclamada sólo seis meses antes, parecía en peligro de desaparecer.

Otras ciudades de provincia reaccionaron con un giro republicano y federalista. Contra el resurgimiento de las fuerzas monárquicas, se produjo una oleada republicana municipalista en los centros urbanos más importantes. Lyon, St.-Étienne, Marsella, Toulouse, Rouen, Burdeos, Narbona, etcétera, se erigieron en comunas autónomas contra la amenaza de una restauración. Pero las elites locales, monárquicas y conservadoras, apoyadas en milicias campesinas armadas, fueron venciendo uno a uno estos movimientos con la consiguiente persecución de sus partidarios. A los ojos de los vencidos, se reeditaba una nueva Vendée rural, contrarrevolucionaria y realista, como la que en 1793 se había levantado en armas contra la Revolución.

Por su parte, la asamblea nacional, reunida en Burdeos, ratificó todas las condiciones alemanas, a la par que los diputados de París y de algunas otras regiones, como Alsacia y Lorena, se retiraron en masse negando toda legitimidad a dichos acuerdos. En represalia contra ese París rebelde y radical, la asamblea, nutrida de anejas pugnas entre las provincias y la capital, votó que, en adelante, Versalles fuera la capital de Francia y, como antes lo había hecho el imperio, declaró la disolución de la guardia nacional.

---

2 Sobre las comunas en otras ciudades, véanse Girault, La Commune et Bordeaux; Gaillard, Communes de province; Greenberg, Sisters of Liberty; Moissonnier, La Premiere Internationale; Aminzade, Ballots and Barricades, pp. 209-210.

3 Tombs, “Paris and the Rural Hordes”; Johnson, “Enlightening.”
parisina, pese a que ésta había sido la columna vertebral de la resistencia armada durante el sitio. Como última afrenta, la asamblea aceptó que el ejército alemán realizara un desfile de la victoria por los Campos Elíseos.

LA COMUNA PARISINA

París no podía ocultar su resentimiento. La represión de las comunas provinciales y la actitud de la asamblea parecían un anuncio ominoso de lo que sería su destino. La capitulación ante Prusia y los decretos que borraban de un plumazo las privaciones y los sufrimientos soportados durante un sitio de cuatro meses, que había dejado como saldo sesenta mil personas muertas por hambre, frío, enfermedades y por los constantes bombardeos, fueron las gotas que derramaron el vaso.

París no había visto una movilización igual de las clases populares a favor de la resistencia municipal, las cuales abarcaban un amplio abanico de republicanos y de socialistas de distintas tendencias —colectivistas, proudhonianos e, incluso, partidarios de la recientemente fundada Asociación Internacional de Trabajadores (bakuninistas y marxistas), que se movilizaban y manifestaban públicamente por medio de numerosos periódicos, clubes y asociaciones en los que se forjaba una representación ciudadana con plenos derechos democráticos, pero federalistas y sociales.4

Sin embargo, en lo cotidiano surgía una fundada inquietud: con el gobierno provisional en Versalles, ¿quién gobernaría París y cuidaría día a día, de cerca, de 1,800,000 habitantes?

Más de cien mil personas que conformaban la población más acomodada, incluyendo propietarios, financieros, dueños de fábricas y talleres, y también numerosos funcionarios públicos, habían huido de la ciudad, primero, durante el sitio, para escapar de los bombardeos y del hambre; pero luego, al firmarse el armisticio, por miedo ante la creciente inconformidad popular.

En cambio, numerosos miembros de las clases populares, compuestas por unos 500 mil asalariados, a los que se sumaban miembros de la peque-

---

ña burguesía cuya situación no distaba mucho de la de los trabajadores, se habían alistado en la guardia nacional, hasta sumar unos 200 mil voluntarios, aunque sólo una cuarta parte estaba pertrechada y entrenada para combate. Apoyada en la fuerte tradición de solidaridades y sociabilidades barriales y comunitarias, la guardia nacional había organizado la defensa de París y de la novísima república. Además, ante la dureza de la guerra y del sitio, los lazos de camaradería solidaria se habían reforzado al punto de que los propios parisienses habían pagado por suscripción los cañones que protegían la ciudad y que, orgullosamente, consideraban suyos. Dado el vacío de poder creado en París por la huida a Versalles del gobierno provisional, la guardia nacional aparecía como la única autoridad con legitimidad popular.

Desde Versalles, el gobierno de Thiers se mantenía ajeno al espíritu combativo de los parisienses. En un gesto mal calculado, ordenó a su malertcho ejército que la noche del 17 de marzo de 1871 removiera la artillería que protegía a París y desarmara a la guardia nacional. Al amanecer del día siguiente, la población enfrentó a la tropa y logró que depusiera las armas, pero en un acto extremoso tomó prisioneros a los dos generales que habían dado órdenes de disparar contra la multitud y los fusiló. Así, mientras París se levantaba contra una república considerada traidera y redescubría el ánimo revolucionario de la primera Comuna de 1793, sus enemigos tenían ya sus primeros mártires y Thiers y la prensa versallesca podían lanzar al mundo la imagen de una muchedumbre desenfrenada, criminal y asesina. Quedaba claro que el encono entre ambos bandos era ya irreversible.

Diez días después se realizaron elecciones municipales para elegir un concejo de la Comuna compuesto por 70 delegados. De ellos, 25 eran obreros, 12 artesanos, cuatro empleados, seis comerciantes, tres abogados, tres médicos, un farmacéutico, un veterinario, un ingeniero, un arquitecto, dos pintores y 11 periodistas y escritores que, en esencia, representaban la plural composición social de los sectores populares. Durante diez semanas, este concejo guió los destinos de París y mantuvo en vilo a Francia ante la mirada atónita del mundo. En este cuerpo federado estaban representadas todas las tendencias políticas antimonárquicas: desde jacobinos, blanquistas y republicanos de diversos signos, hasta mutualistas, proudhonianos e internacionalistas. Tampoco faltaron algunos moderados y varios independientes.

Sobre el apoyo de pintores y escultores, véase Clayson, Paris in Despair, cap. 32.
Por primera vez desde 1793, Francia enfrentó un reto tan dramático para la tradición centralista de la república como “una e indivisible”. En 1871, la idea de comunas o municipios libres, autónomos, con base en el sufragio universal directo, estimuló la imaginaria política de un Estado federalista, democrático y radical —lo cual podía evocar el jacobinismo de Blanqui, pero también la idea de una libre federación de comunas libres propuesta por Pierre-Joseph Proudhon y sus seguidores, y que los internacionalistas partidarios del anarquismo aceptaban como propia—. Es más, para algunos, este federalismo llegó a ser visto como el preludio de una idea largamente acariciada por los republicanos europeos de alcanzar una federación continental: unos Estados Unidos de Europa.

La Comuna intentó cohesionar estas posturas heteróclitas, para lo cual dictó varias medidas que, traducidas en ceremonias cívicas y actos simbólicos y prácticos, dieran lugar a movilizaciones y solidaridades políticas. El 28 de marzo se izó en todos los edificios y plazas públicas la bandera roja en lugar de la tricolor, emblema de la república burguesa, centralizadora y traidora de Versalles. Según el decreto, el pendón rojo sería el “símbolo de una República universal” incluyente que otorgaba la ciudadanía a todos los extranjeros que la quisieran.

Como parte de la reescritura simbólica de la ciudad, se quiso borrar todo vestigio del antiguo régimen. Al son de la banda de la guardia nacional y envueltos por el júbilo de la multitud, la piqueta y el petróleo hicieron su aparición. La columna Vendôme, erigida por el primer Napoleón y rechazada como símbolo de un militarismo que conmemoraba el triunfo de Francia sobre Austria en Austerlitz, en 1805, fue demolida. Suerte se mejante corrieron otras construcciones no menos simbólicas. Los incendios devoraron, entre otros, el Palacio de las Tullerías, residencia de reyes y emperadores; el palacio de Justicia, sede de los tribunales, del Registro Civil y de los odiados archivos judiciales y policiales; el Palacio d’Orsay,

---


8 Félix Pyat, el comunista francés, en un encendido discurso en vísperas de la caída de París, expresaba la esperanza de que con el triunfo de la Comuna se formarian los Estados Unidos de Europa, que arrasaran con los nacionalismos militaristas europeos y todos sus vestigios. *Le Vengeur*, París (17 mayo 1871). Véase el discurso de Francisco Pi y Margall en las Cortes españolas apoyando la Federación europea, en el *Diario de Sesiones* (30 de mayo de 1871).

donde el Ministerio de Finanzas guardaba los expedientes de impuestos y deudas al fisco. La prensa de Versalles, con sus denuestos y caricaturas, nutrió la imaginación anticomunista de franceses y extranjeros al difundir la imagen de un París incendiado por la muchedumbre enardecida, entre la cual se destacaba a las mujeres como infernales petrolieras.

El Concejo de la Comuna desató una entusiasta catarata de decretos y edictos que renovaban la imaginería política y social, pero también la cultural y simbólica, al plantear propuestas revolucionarias inéditas. Entre ellas, por mencionar algunas, estaban la devolución de las herramientas y enseres que hubieran sido empeñados; la abolición de intereses sobre deudas adquiridas y su moratoria; el derecho de los trabajadores y empleados de hacerse cargo de los talleres y establecimientos abandonados por sus propietarios, así como la requisa de viviendas abandonadas para alojar a los siniestrados por los bombardeos. También se concedió una pensión para heridos, viudas y huérfanos y la regulación de la jornada de trabajo, de los salarios, del trabajo nocturno, así como el de las mujeres y los niños. Por otra parte, se proclamó la separación de la Iglesia del Estado, la educación laica, la exclaustración de los conventos y la enajenación de los bienes religiosos. Incluso en el ámbito de los derechos de la mujer, ellas abrían nuevos espacios de discusión y asociación y, entre muchas demandas, reclamaban la protección del trabajo, la igualdad de los jornales, la ciudadanía y el voto, además del derecho de las mujeres en unión libre y de los hijos naturales a recibir una pensión. Por otra parte, los decretos de libertad de asociación y de prensa fomentaron el surgimiento de numerosos clubes políticos y la creación de más de 70 periódicos, muchos de ellos murales, y algunos, incluso, antifederalistas y favorables a Thiers.

EL SEGUNDO SITIO, LA CAÍDA Y LA REPRESIÓN

Para quienes apoyaban, aunque tibiamente, al gobierno en Versalles—los cuales abarcaban desde monárquicos y católicos conservadores hasta republicanos centralistas y moderados—, estaba claro que lo ocurrido en Pa-

11 Gullickson, Unruly Women of Paris; Justin, Censorship of Caricature.
12 Rihs, La Commune de Paris, 1871; Matsuda, The Memory of the Modern, cap. 1.; Schunkind, “Socialist Women”.
rís no era un sinónimo de federalismo y jacobinismo radicales, sino que significaba, sobre todo, un socialismo revolucionario y ateo explicitamente dirigido contra las clases propietarias y la Iglesia. Presionado, Thiers acordó con Bismarck la liberación de numerosos soldados prisioneros franceses y la entrega de material bélico para reconstituir un ejército francés que pudiera derrotar a los comunalistas. Además, se garantizó el apoyo de vastos efectivos alemanes para mantener rodeada la ciudad sin intervenir en batalla, pero sí colaborando con el gobierno de Versalles. A principios de abril, tras un intenso entrenamiento bélico, se conformó un ejército de casi 150,000 efectivos al mando del conocido general monárquico Mac Mahon, quien comenzó un segundo sitio y bombardeo de París.

Lo que siguió fue desastrosos para la Comuna. Durante un mes, la ciudad fue incesantemente bombardeada, sobre todo con proyectiles incendiarios. Fueron destruidos barrios enteros, dejando incontables víctimas. Finalmente, el 21 de mayo, las tropas versallescas lograron romper la defensa de la ciudad. Pese a las barricadas y la lucha cuerpo a cuerpo y palmo a palmo, al cabo de una semana sangrienta, el 28 de mayo, la última resistencia federada fue vencida y con ella la Comuna. El saldo de esos siete días fue terrible, como terribles fueron los excesos cometidos.

Cuando Versalles decretó el 2 de abril, que todo federado sería pasado por las armas en caso de caer prisionero, la Comuna, en represalia, decretó ejecutar tres rehenes por cada comunalista fusilado. En mayo, al iniciarse la avanzada sobre París y los primeros fusilamientos de federados, la Comuna ordenó la ejecución sumaria de un primer grupo de 80 rehenes, pero el 24 de mayo, ante la noticia de que el revolucionario Auguste Blanqui y su secretario habían sido tomados presos, los comunalistas ofrecieron intercambiarlos por el arzobispo de París, monseñor Guibert; ante la negativa de Thiers, el prelado fue fusilado junto con otros cinco rehenes. En total, unos cien rehenes, de los cuales 24 eran religiosos, fueron ejecutados por la Comuna durante los últimos diez días de lucha.\footnote{Las cifras existentes contrastan radicalmente; Ducleat, La République imaginée, pp. 77-78, menciona casi dos mil, pero Gould, Insurgent Identities, p. 164, con base en una sólida investigación en los archivos militares, sólo contabiliza unos cien. Sobre las derechas católicas y la Iglesia durante y después de la Comuna, véase Harvey, París, Capital of Modernity.}

Por parte de Versalles, Mac Mahon y Thiers ampliaron las órdenes de fusilar sumariamente a todo combatiente que cayera preso e incluir a
todo aquel que tuviera rastros de pólvora en las manos o la ropa, o que pareciera haber participado o sido herido en batalla. En los jardines de Luxemburgo, los cuarteles militares y el cementerio de Père Lachaise, el sonar de los fusiles ejecutando prisioneros fue incesante. Solamente en una tarde, la del 24 de mayo, 900 federados fueron ejecutados en uno de los cuarteles y, entre el 24 y 28 de mayo, en Luxemburgo, Châtelet y La Roquette fueron fusilados más de 3,000 hombres; otros tantos lo fueron en el Ayuntamiento, el Hôtel de Ville, sede de la Comuna, y la misma cifra en los barrios obreros de Montmartre, Belleville, La Villette y etc. Al concluir la semana sangrienta, las cifras hablaban por sí solas.

Según los registros militares y los cálculos más recientes, los oficiales y soldados versalleses sufrieron de entre 700 a 800 bajas.14 Entre los comunalistas, las cifras son más inexactas, pero las manejadas han ido hasta los 30 mil parisinos muertos15 que incluían los caídos a causa de los bombardeos y en combate, muchos enterrados en fosas comunes. Si nos atenemos a quienes mejor han estudiado el tema, Robert Tombs y Roger V. Gould, sólo los fusilados por las tropas de Versalles girarían entre 15 mil y 17 mil hombres, mujeres y niños.

Además, a partir de fines de mayo, hubo cuerdas de presos de unos 38,000 federados, entre los cuales cerca de mil eran mujeres y 538 niños, trasladados a pie a Versalles. Allí, los consejos de guerra pronunciaron unas 300 condenas a muerte y ordenaron que 7,500 personas, incluyendo niños, fueran deportadas a la Nueva Caledonia y demás penales de ultramar; otras seis mil fueron destinadas a trabajos forzados en Francia. Más de 3,500 comunalistas fueron condenados in absentia, ya que miles huyeron al exilio, no sólo a los países vecinos sino a otros más lejanos, incluyendo algunos en América. Nueve años más tarde, en julio de 1880, ya establecida constitucionalmente la Tercera República, se decretó la amnistía general de los condenados por la Comuna, cuando más de una tercera parte ya había fallecido en prisión o en el exilio.16 Ni qué decir de la enorme devastación urbana, de las incontables víctimas y de un París que tardó casi dos décadas en ser reconstruido.

Durante las diez semanas que duró la Comuna, e incluso después, tanto la prensa francesa como la internacional, con sus crónicas, artículos,

14 Según Tombs, The War against Paris 1871; Gould, Insurgent Identities.
15 Tombs, The War against Paris 1871.
16 Joughin, The Paris Commune in French Politics.
noticias, ilustraciones y caricaturas —así como otros impresos de amplia circulación como folletos, memorias y opúsculos diversos—, servirían de vehículo eficaz para crear y plasmar una representación brutal o heroica de la Comuna que quedaría fijada largo tiempo en la memoria colectiva.\(^\text{17}\) Por un lado, los periódicos anticomunales se convirtieron en un verdadero cuarto poder al servicio del Estado, y en ellos hicieron su aparición epítetos y calificativos dotados de nuevos significados. Llamar a los insurrectos “incendiarios” y a las mujeres “petroleras”, creó una imagen de destrucción descontrolada y de desenfreno bárbaro.\(^\text{18}\) Los republicanos radicales eran tildados de antipatrióticos y traidores, contumaces y enemigos de la nación, pero los ataques más encarnizados, si cabe, fueron contra la Asociación Internacional de los Trabajadores, al calificar a los insurrectos de “nihilistas”, “ateos”, “atilas revolucionarios”, “tóxicos del infierno”, “demonios rojos” o, simplemente, asaltantes y ladrones. Esto no sólo evocaba el viejo fantasma del socialismo jacobino de 1793 y de las barricadas de 1848, sino la amenaza de una lucha de clases violenta encabezada por internacionalistas y extranjeros, criminales y “apártridas”.\(^\text{19}\)

Por su parte, en esta guerra de imágenes y discursos, la menos nutrida prensa federalista, radical y socialista que lograba circular en Francia, pero sobre todo en el extranjero, plasmó y sostuvo la imagen heroica de la Comuna: la lucha de un pueblo patriótico contra una burguesía traedora; la defensa de un orden municipal democrático y pacifista contra un gobierno militarista y despótico; la valentía de una población trabajadora, igualitaria y fraterna enfrentada a élites que abusaban del poder, de su riqueza y de la desigualdad. En fin, la visión de ciudadanos masacrados, deportados y perseguidos por su amor a la libertad, a la igualdad, a la ciudadanía fraterna y a la independencia a manos de unas clases parasitarias, criminales, antipatrióticas y obsecuentes con un poder extranjero.\(^\text{20}\)

Poco después de la caída de París, el gobierno provisional encabezó una ofensiva diplomática más allá de las fronteras para prohibir las organizaciones radicales y socialistas. Sólo la cantonalista república suiza y una Inglaterra temerosa de una nueva Santa Alianza se abstuvieron de pactar con Francia, mientras el resto del continente se volcó hacia la represión.

---

ECOS DE LA COMUNA EN ESPAÑA

Un aspecto todavía poco conocido de la Comuna es su impacto en España. Desde el inicio de la insurrección parisina era notorio el miedo al contagio francés entre las clases acomodadas y el gobierno. Ambos vieron con temor que el comunalismo transpirenaico se extendía por la península justo después de la Revolución de 1868, cuando la constitución de 1869 había abierto los espacios públicos y proclamado el sufragio universal masculino, los derechos individuales, la libertad de prensa, la libertad religiosa y el derecho de reunión y de asociación, entre muchos otros. Ello había permitido la aparición de nuevos agrupamientos políticos y obreros, incluyendo republicanos e internacionalistas, pero en 1871, para el gobierno encabezado por un liberal moderado como Práxedes Mateo Sagasta, el espectro de la Comuna republicana y el espectacular auge de la Federación Regional Española (FRE), afiliada a la Asociación Internacional, no dejaba de ser atemorizante.

La Federación de trabajadores, fundada un año antes, contaba ya para entonces 20 mil asociados, mayoritariamente anarquistas, aunque también los había marxistas, y había probado su fuerza con huelgas y manifestaciones obreras esporádicas. Sin embargo, la FRE estaba lejos de pensar en emular una insurrección como la Comuna, pues estaba dedicada de lleno al asociacionismo obrero. Los republicanos españoles también estaban lejos de pensar en un alzamiento. El Partido Republicano atravesaba en esos momentos por una división interna entre moderados y centralistas frente a federalistas y radicales llamados “intransigentes”. Los trastornos transpirenaicos sólo contribuían a agravar esta división y la Comuna parisina moriría sin despertar al escindido republicanism español.

Pero a raíz del acuerdo diplomático con Francia, la prensa peninsular, apoyada por el gobierno, comenzó a ver detrás de estos movimientos la revolución a la vuelta de la esquina. A su vez, para los obreros y para los republicanos radicales, la brutal represión contra la Comuna alertaba a sus simpatizantes españoles sobre los extremos a los que se podría llegar.

21 Álvarez Junco, La Comuna en España, ha recogido artículos de la prensa de la época sobre los acontecimientos de París de 1871. Para un análisis de la presencia de comunales franceses exiliados en España, Lida, Anarquismo y revolución, cap. 5, pp. 186-201, y Lida, “Ripercussioni della Comune in Spagna”.

Cuando a poco de pactar con Francia las autoridades españolas orde-\naron una serie de medidas contra las asociaciones obreras y contra los
clubes intransigentes, éstos ya se organizaban precavidamente para actuar
de modo semiculta en.

Por otra parte, los ecos de la Comuna también se mantendrían vi-
vos por la continua presencia en España de refugiados franceses. Fue un
exilio en las sombras, ya que el gobierno español, como el francés, con-
sideraba criminales a los comunalistas.\textsuperscript{23} Sin embargo, fuentes de origen
variado, nos permiten reconstruir algunas de las relaciones entre los rad-
dicales españoles y los extranjeros.

Las primeras noticias que tenemos de estos contactos a lo largo de
1871-72 son esporádicas y diversas, pero a partir de febrero de 1873 se
hicieron frecuentes y públicas a raíz de la abdicación de Amadeo I (elegi-
dle rey a finales de 1870) y, la inesperada proclamación en las Cortes de
una Primera República, que anunciaba vientos de libertad y tolerancia. La
chispita federal, autonómica y revolucionaria se avivó cuando en el verano
se proclamó el carácter federalista de la república. No pasaron muchos
días sin que en diversas ciudades, especialmente del Mediterráneo y An-
dalucía, estallaran insurrecciones municipalistas que se proclamaron can-
tones autónomos que recordaban a las comunas francesas.

Detrás de la gran mayoría de estas explosiones cantonales estaban
los republicanos intransigentes y, sólo en unos pocos casos, participaron
en ellas los internacionalistas —marxistas o bakuninistas, ya entonces
abiertamente escindidos—. Sin embargo, tanto los informes consulares
franceses como los delatores policiales y la prensa, denostaban los excesos
en términos semejantes a los empleados contra la Comuna, y sobre todo
acusaban a los anarquistas de haber instrumentado la violencia y, según
un informe de la policía francesa sobre el cantón de Cartagena, de poseer
grandes depósitos de petróleo, "al que llaman agua bendita".\textsuperscript{24} Los anar-
quistas eran ya los nuevos "petroleros" e incendiarios.

Sería imposible, dentro de los límites de estas páginas, profundizar
en el cantonalismo español. Mi deseo no es presentar aquí la historia
de ese movimiento, que ya he hecho en otras páginas, sino de marcar
someramente los ecos de una imaginaria comunalista en España. Sin em-

\textsuperscript{23} Para una síntesis de las discusiones en Cortes sobre este tema, véase el estudio de
Vergés Mundó, \textit{La Primera Internacional}, pp. 39-44.
\textsuperscript{24} App., B a/413, 9.VIII.1873.
bargo, entender el cantonalismo español de 1873 como mero reflejo de la Comuna francesa del 71 sería un error, pues, ante todo, hay que tener en cuenta lo distinto del contexto español.

Es imposible concebir el alzamiento peninsular sin recordar una larga tradición municipalista de las ciudades españolas, ahogada una y otra vez por el centralismo y el moderantismo monárquicos, y por el control caciquil de los ayuntamientos. Se deben tener presentes también la activa propaganda federalista de un sector importante del republicano español desde hacía al menos tres lustros, y la larga lucha durante décadas de progresistas, demócratas y socialistas tempranos para reivindicar los derechos ciudadanos. No menos importante fue el auge del obrerismo anti-autoritario de los afiliados a la Internacional. Tampoco hay que olvidar la coyuntura política y económica del verano de 1873: la fragmentación de una Primera República desbordada por los enfrentamientos entre facciones moderadas, federales e intransigentes, y amenazada militarmente en el norte y este del país por los carlistas dinásticos, a la par que desangrada por una guerra colonial en Cuba y sacudida violentamente por una crisis económica que repercutía sobre el maltrecho erario y golpeaba a las clases jornaleras en las ciudades y el campo.

La insurrección cantonal en el sur y en el Mediterráneo fue un último intento político de las provincias de contrarrestar el centralismo de Madrid y el postrero esfuerzo de los pueblos de elegir a sus autoridades. Su derrota marcó también la de la Primera República, hundida en enero de 1874, con el último de los cantones, a manos de un golpe militar favorable a restaurar la monarquía —lo cual se produjo a fin de año en la figura de Alfonso XII de Borbón, hijo de la depuesta Isabel II—. Si la Comuna y el cantonalismo marcaron hitos fundamentales en el revolucionarismo europeo, también su fracaso acabó con la idea de la toma del poder y la transformación del Estado por medio de la insurrección popular.

En cambio, la Comuna primero, y el cantonalismo después, colocaron en el escenario europeo a la Asociación Internacional de los Trabajadores e iluminaron con sus candilejas a las clases asalariadas. Desde el punto de vista social, la saña con la cual —desde París a Berlín, desde Moscú hasta Madrid, desde Lisboa hasta Roma—, se persiguió al movimiento internacionalista, se explica más por el temor a las demandas obreras y a la lucha de clases que a los cambios políticos. Sin embargo, si examináramos el resurgimiento de los movimientos obreros, marxistas y anarquistas, después de largos años en la clandestinidad, y su crecimiento hasta el siglo
xx, tendríamos que reconocer el triunfo de éstos pese a la represión. No se trataba ya del insurreccionalismo radical, sino de la lucha de clases; ya no de la Comuna o el cantonalismo, sino de la revolución social.

Para concluir, permítaseme una última reflexión sobre cómo el pasado se proyecta al presente. Pese al sufrimiento de sus partidarios y a los intentos monárquicos encabezados por Mac Mahon y otros, la Comuna acabó por sacudir al republicanismo francés y, a partir de 1879, la Tercera República tácitamente recogió su herencia. Así, en Francia, las reformas se sucedieron año tras año: la ley de enseñanza gratuita, laica y obligatoria; la libertad religiosa; la separación de la Iglesia y el Estado; la ley del divorcio; la libertad de prensa y de asociación sindical; la reglamentación del trabajo para hombres, mujeres y menores, y, aún más evocador de 1871, el sufragio secreto y universal masculino y, ¡cómo no!, las elecciones municipales. A su modo, la Comuna derrotada logró sus mayores victorias. Sin embargo, vale la pena recordar que París fue una ciudad “castigada” hasta 1977, pues sólo ese año pudo elegir a su alcalde por vez primera, ya que hasta entonces era nombrado por el Estado.

En España, en cambio, la restauración borbónica en 1874 y los gobiernos más o menos conservadores que siguieron, prácticamente no abrieron espacios públicos importantes hasta el siglo xx. Sólo en 1931, con la constitución de la Segunda República, se pudieron legislar muchas de las demandas progresistas, obreras y municipalistas e, incluso, incipientemente federales. Pero la guerra civil y la destrucción de ese nuevo sueño republicano dejaron pendientes por casi un siglo muchas de las reformas pedidas por cantonalistas y obreros en el verano de 1873. Paradójicamente, fue otra restauración monárquica, esta vez surgida de un pacto políticosocial democrático lo que permitió que se incorporaran a la constitución de 1978 los largos sueños españoles de los derechos ciudadanos, políticos y sociales.